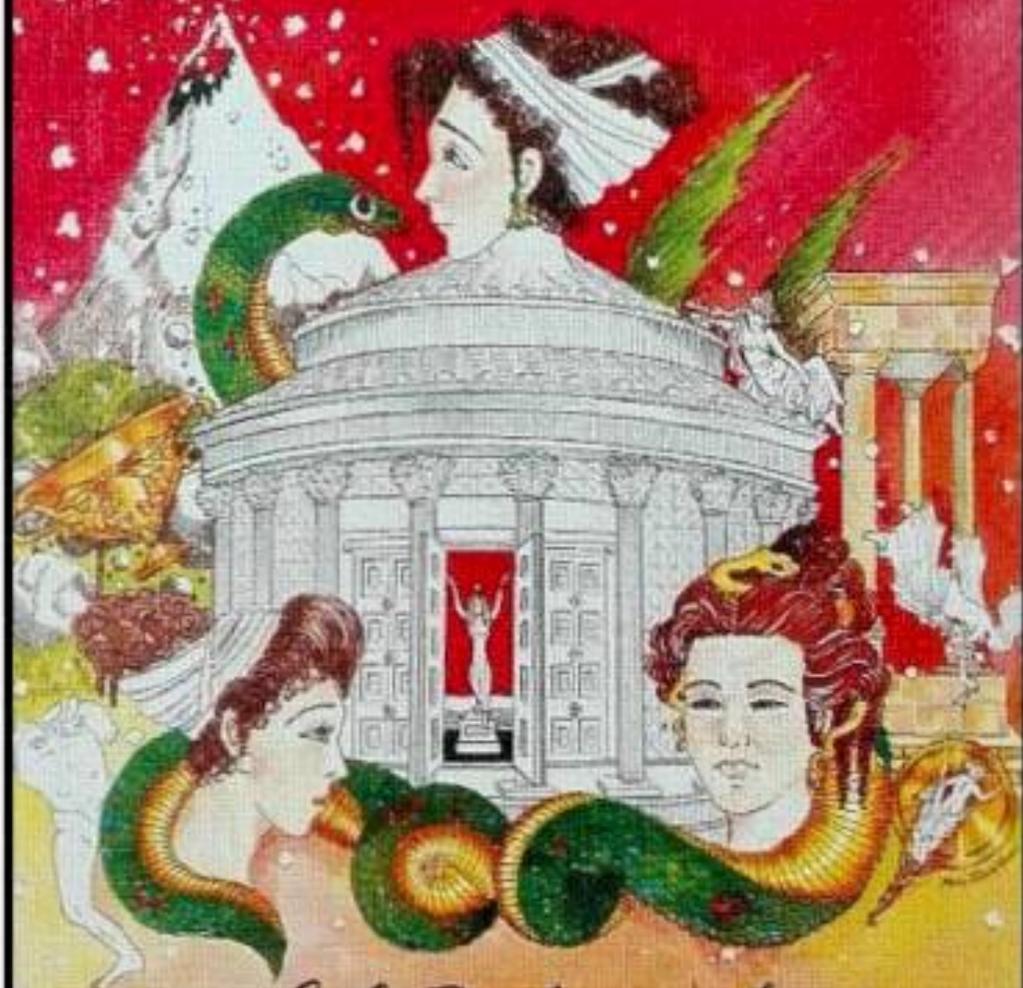


TUS  
LIBROS



# LOS ÚLTIMOS DÍAS DE POMPEYA



*E. G. Bulwer-Lytton*

En el año 79 de nuestra era una terrible erupción del Vesubio destruyó las inolvidables ciudades de Pompeya y Herculano. Sobre este telón de fondo, que Bulwer-Lytton conoció in situ durante las excavaciones realizadas, el autor situó la historia de aquella ciudad alegre y confiada, con sus amores y sus odios, sus pequeñas intrigas, juegos, costumbres y diversiones. Y, aunque Flaubert —que también había escrito *Salambó*— aseguraba que «las novelas históricas sólo son tolerables porque nos enseñan historia», el lector comprobará que, aun sintiéndose conmovido por lo que el volcán se llevó, con historia o sin historia, se sentirá atrapado por el destino de sus personajes.

## *Los últimos días de Pompeya*



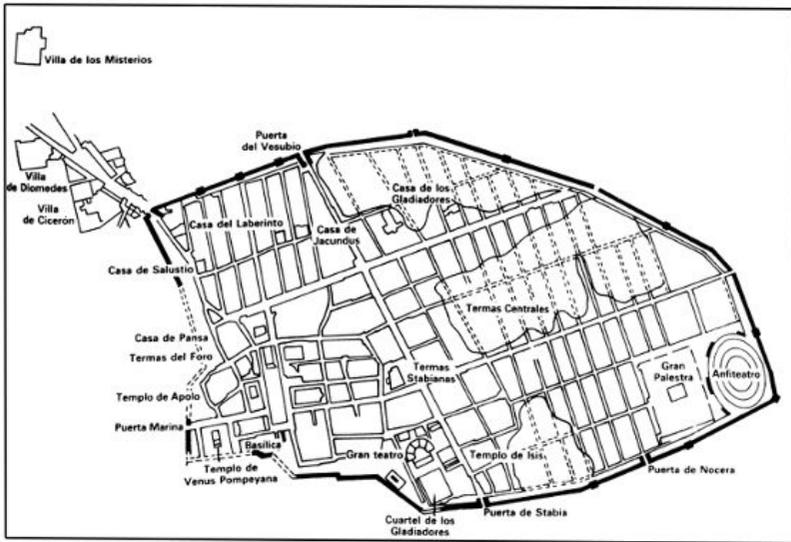
EDWARD GEORGE BULWER-LYTTON (1803-1873)

*La presente obra es traducción directa e íntegra  
del original inglés, en su primera edición,  
publicada en Londres, en 1834.*

*Las ilustraciones, originales de María Teresa  
Ramos, han sido realizadas expresamente para  
esta edición.*

# LIBRO I

*Quid sit futurum cras, fuge quaerere; et  
 Quem fors dierum cunque dabit, lucro  
 Appone; nec dulces amores  
 Sperne, puer, neque tu choreas<sup>[1]</sup>*  
 (HORACIO, Lib. I, od. IX.)



*Plano de Pompeya en la época de la novela.*



## Capítulo I

### *Dos caballeros de Pompeya*

—¡Hola, Diomedes, bien hallado seas! ¿Cenas con Glauco esta noche? —preguntó un joven de escasa estatura, que vestía una túnica cuyos pliegues amplios y afeminados demostraban que se trataba de un caballero lleno de presunción.

—Por desgracia, no, querido Clodio; no me ha invitado —replicó Diomedes, hombre de mediana edad y de porte elegante—. ¡Por Pólux<sup>[2]</sup> que es una despreciable jugada! Sus cenas son las mejores que se dan en Pompeya.

—No están mal..., aunque nunca hay suficiente vino para mi gusto. No es sangre griega la que corre por sus venas, porque afirma que el vino le amodorra la mañana siguiente.

—Puede haber otro motivo que explique esa tacañería —contestó Diomedes, alzando las cejas—. Creo que, a pesar de su engreimiento y sus extravagancias, no es tan rico como pretende y quizá prefiera derrochar su ingenio, y no sus jarras.

—Una razón más para cenar con él mientras le duren los sestercios<sup>[3]</sup>. El año próximo, Diomedes, tendremos que encontrar a otro Glauco.

—Tengo entendido que también es aficionado a los dados.

—Le agrada todo lo placentero, y mientras le resulte grato ofrecernos cenas, todos le tendremos en gran estima.

—¡Ja, ja, Clodio, muy bien dicho! Por cierto, ¿has visto alguna vez mis bodegas?

—Creo que no, mi buen Diomedes.

—Bien, entonces tienes que cenar alguna noche conmigo. Tengo unas *muraenae*<sup>[4]</sup> muy aceptables en mi estanque y pediré a Pansa, el edil, que venga a conocerte.

—Oh, no soy partidario de ceremonial alguno. *Persicos odi apparatus*<sup>[5]</sup>, me contento con muy poco. Bien, el día comienza a declinar y voy a las termas... ¿Y tú?

—Yo voy al cuestor<sup>[6]</sup>. Asuntos de Estado. Después me acercaré al templo de Isis. *Vale*<sup>[7]</sup>.

—Un tipo presumido, ostentoso y mal educado —murmuró para sí, mientras echaba a andar con lentitud—. Imagina que con sus fiestas y sus bodegas puede hacemos olvidar que es hijo de un manumitido<sup>[8]</sup>, y eso es, precisamente, lo que hacemos al concederle el honor de que gane dinero; estos nuevos plebeyos son la cosecha de lo que sembramos los nobles derrochadores.

Hablando consigo mismo, Clodio llegó a la vía Domicia-na, llena de transeúntes y de carruajes, que exhibía toda la alegría y animada algarabía vital y todo el dinamismo que hoy podemos encontrar en las calles de Nápoles.

Las campanillas de los carricoches que se deslizaban con rapidez uno tras otro sonaban gratamente al oído, y Clodio comenzó a repartir sonrisas y saludos, mostrando una amistad casi familiar con todos aquellos que lucían los caballos, carros y sirvientes más elegantes y fantásticos: de hecho, ningún desocupado era mejor conocido que él en toda Pompeya.

—¡Eh, Clodio! Tú siempre durmiendo sobre los laureles de tu buena suerte —le gritó con voz agradable y musical un joven que ocupaba un carro de extravagante y gracioso diseño. Sobre su superficie de bronce se veía, cuidadosamente tallado, con la exquisita gracia de la mejor artesanía griega, el relieve de los juegos de Olimpia; los dos caballos que tiraban del reducido carro pertenecían a la escasa raza de Partia<sup>[9]</sup> y sus largas patas parecían despreciar el suelo que pisaban y cortejar el aire; sin embargo, al más ligero toque de riendas por parte del auriga, que permanecía inmóvil detrás del joven propietario del carruaje, quedaron inmóviles, como si de repente se hubiesen transformado en piedra, carentes de vida y, a la vez, tan llenos de vitalidad como una de las anhelantes maravillas de Praxíteles<sup>[10]</sup>. El mismo propietario participaba de aquella alada y hermosa simetría de la que los escultores de Atenas extraían sus modelos; su origen griego se patentizaba en sus volatineras y abundantes guedejas y en la perfecta armonía de sus facciones. No llevaba toga, que desde los inicios del Imperio había dejado de ser indumento de distinción entre los romanos y era considerada como prenda ridícula por los seguidores de la moda, pero su túnica resplandecía con los más ricos tonos de los tintes de Tiro<sup>[11]</sup>, y sus *bulae*, o broches con los que la ceñía a su cuerpo, deslumbraban con el fulgor de las esmeraldas: alrededor del cuello llevaba una cadena de oro que se entrecruzaba en mitad de su pecho, componiendo la forma de una cabeza de serpiente, de cuya boca pendía un gran anillo con sello, elaborado con la

más perfecta técnica artesanal; las mangas de su túnica eran amplias y se cerraban sobre las muñecas con orlas de oro, y alrededor de su cintura se distinguía el ceñidor del mismo material que las orlas, tallado con trazos arabescos<sup>[12]</sup> que le servía de bolsillo para guardar su pañuelo y su bolsa, su estilete y sus tablillas para escribir.

—¡Mi querido Glauco! —exclamó Clodio—. Me alegra comprobar que tus pérdidas no han afectado en absoluto a tu buen semblante. Es más, parece como si estuvieses poseído por Apolo, puesto que tu rostro resplandece con gloriosa felicidad. Cualquiera te tomaría por el vencedor, y no por el perdedor.

—¿Hay algo en la pérdida o ganancia de esas despreciables piezas de metal que resulte capaz de cambiar el sentir de nuestro espíritu, querido Clodio? Por Venus, mientras seamos jóvenes debemos cubrir nuestras cabezas con guirnaldas, dejar que suene la cítara en nuestros cansados oídos, que la sonrisa de Lydia o de Cloe iluminen las venas por las que nuestra sangre corre con extrema rapidez, encontrar dicha y felicidad en el aire henchido de sol y no permitir que los malos tiempos sean algo más que simples paréntesis de nuestras alegrías. No olvides que esta noche cenas conmigo.

—¿Quién puede olvidar una invitación de Glauco?

—¿Adónde te diriges?

—Pensaba ir a las termas, pero falta aún una hora para el tiempo en que acostumbro a hacerlo.

—Estupendo. Despediré el carro e iré contigo. Quieto, quieto, mi *Philiás* —añadió, acariciando el caballo más cercano a él, que con un leve relincho y un movimiento de orejas hacia atrás agradeció el cumplido—. Hoy será día de descanso para ti. ¿No te parece hermoso, Clodio?

—Digno de Febo<sup>[13]</sup> —contestó el noble parásito—, o... de Glauco.



## Capítulo II

*La joven florista ciega y la belleza de moda. — La confesión del ateniense. — Arbaces, de Egipto, es presentado al lector*

Charlando con desenfado acerca de mil cosas, los dos jóvenes avanzaron por las calles; se encontraban en un barrio lleno de atractivas tiendas, cuyas puertas abiertas mostraban sus interiores radiantes y lujosos, con sus frescos de armoniosos colores, increíblemente dispares en su dibujo y ejecución. Brillaban las fuentes, que lanzaban a lo alto su grata espuma en el ambiente estival; la multitud de paseantes, o mejor, de desocupados, vestían casi íntegramente ropas de colores teñidas con tintes de Tiro; grupos animados se congregaban ante las tiendas más llamativas; los esclavos iban y venían con vasijas de bronce sobre sus cabezas, que mostraban sus gráciles contornos; muchachas campesi-

nas se colocaban en distintos lugares, distanciadas entre sí, con cestas de relucientes frutas y con flores hacia las que los antiguos italianos eran mucho más aficionados que sus descendientes de hoy (para quienes ciertamente *latet anguis in herba*<sup>[14]</sup> y parece que en cada rosa o violeta se oculte una enfermedad); los numerosos lugares de esparcimiento estaban atestados de los mismos holgazanes que en nuestros días llenan cafés y tabernas; las tiendas, con sus estantes en los que se distinguían las vasijas para el vino y el aceite, colocaban ante sus umbrales sillas protegidas por toldos purpúreos para ofrecer reposo a los cansados y holganza a los vagos. Todo ello conformaba una escena de tal brillantez y vivacidad, que sobradamente exaltaba el espíritu ateniense de Glauco y excitaba aún más su anhelo de alegría.

—No me hables más de Roma —dijo a Clodio—. Entre sus poderosas murallas el placer debe convertirse en algo excesivamente formal y grave. Incluso en los recintos de la corte (incluida la Casa Dorada de Nerva, y el palacio de Tito) existe una cierta magnificencia enojosa. Padece la vista y el espíritu se angosta; además, mi querido Clodio, tanto tú como yo nos amargamos al comprobar el enorme lujo y la riqueza de otros en relación con la mediocridad de nuestra condición. Aquí, por el contrario, nos rendimos con facilidad al placer y gozamos de la brillantez del lujo sin tener que sufrir el cansancio de la pompa.

—¿Fueron esas experiencias las que te empujaron a pasar el verano en Pompeya?

—Sí. La prefiero a Bayas<sup>[15]</sup>. Reconozco los encantos de esta última, pero me disgustan los pedantes que viven allí y que parecen valorar el placer a peso de dracma.

—Sin embargo, tú también gustas de la gente instruida; por lo que a la poesía se refiere, tu país con sus Esquilos y sus Homeros<sup>[16]</sup>, la épica y el drama, es más que elocuente.

—Sí, pero los romanos que imitan a mis antepasados atenienses lo hacen todo excesivamente pesado. Incluso en las cacerías disponen que sus esclavos lleven a Platón con ellos<sup>[17]</sup>. Y cuando pierden un jabalí, sacan sus libros y sus pergaminos para no perder también el tiempo. Cuando las danzarinas nadan ante ellos con toda la sensualidad que exige la moda persa, algún pelmazo manumitido, con rostro como una piedra, les lee algún párrafo del *De Officiis*, de Cicerón<sup>[18]</sup>. ¡Inexpertos boticarios...! El placer y el estudio no deben mezclarse nunca, sino ser gozados separadamente. Los romanos se pierden ambas cosas por su inclinación a un refinamiento pragmático, demostrando que carecen de espíritu suficiente para una cosa y otra. Oh, amigo Clodio, ¡qué poco saben tus compatriotas de la verdadera versatilidad de Pericles y de la indiscutible brujería de Aspasia<sup>[19]</sup>! Hace pocos días fui a visitar a Plinio<sup>[20]</sup>. Estaba en su casa de veraneo escribiendo, mientras un infeliz esclavo tocaba la tibia. Su sobrino (¡oh, cómo me cargan esos filostafros engreídos!) estaba leyendo la descripción de Tucídides de la epidemia<sup>[21]</sup> y meneaba su pequeña cabeza al ritmo de la música, mientras sus labios repetían los repugnantes detalles de las terribles páginas. El cachorrillo no veía incongruencia alguna en seguir al mismo tiempo una canción de amor y la narración de una peste.

—Son dos cosas muy parecidas —opinó Clodio.

—Eso es lo que yo le dije para excusar su petulancia. Pero el jovenzuelo me miró con disgusto a los ojos, sin entender el chiste y replicó que simplemente dejaba que su insensato oído gozase de la música como le viniese en gana, mientras el libro (la descripción de la peste, fíjate) le elevaba el corazón. «Ah —exclamó entonces su gordo tío, resoplando—, mi chico es todo un ateniense, siempre mezclando lo *utile* con lo *dulce*<sup>[22]</sup>.» ¡Oh, Minerva, cómo tuve que ocultar mi risa! Mientras estaba allí vinieron a comunicar al joven sofista que su liberto favorito acababa de morir

de unas fiebres. «Inexorable muerte —exclamó—. Traedme mi Horacio. Cuán bellamente nos consuela el dulce poeta en estos desgraciados momentos.» Oh, ¿pueden estos hombres amar, Clodio? No, ni siquiera con los sentidos. Qué raro es encontrar un romano que tenga corazón. Por lo general, son un simple mecanismo al servicio de un presunto genio que para convertirse en realidad necesita carne y huesos.

Así hablando, sus pasos se detuvieron ante una multitud apiñada alrededor de un espacio abierto en el que confluían tres calles, y allí, justo en los pórticos, a los que daba sombra un grácil y esbelto templo, había una jovencita con una cesta de flores en su brazo derecho y un pequeño instrumento musical de tres cuerdas en su mano izquierda, al compás de cuya tonadilla, lenta y suave, la niña recitaba una canción selvática, de origen extranjero. En las pausas musicales balanceaba con indiscutible gracia su cesta de flores, incitando a los desocupados a que las comprasen, y más de un sestercio cayó sobre la canasta, ya fuese para recompensar su habilidad musical o por simple compasión hacia la cantante, que... era ciega.

—Es mi pobre tesalia<sup>[23]</sup> —dijo Glauco, deteniéndose—. No la había visto desde mi llegada a Pompeya. Silencio, qué voz tan dulce. Oigámosla.

#### LA CANCIÓN DE LA JOVEN FLORISTA CIEGA

¡Comprad mis flores..., por favor, compradlas...!  
 Viene de lejos esta pobre ciega;  
 si es cierto que tan noble es esta tierra,  
 sabed que estas flores son sus hijas.  
 ¿No veis acaso su belleza en ellas  
 y que el frescor de su regazo guardan  
 porque las recogí dormidas apenas  
 de entre sus brazos aún no hace una hora

con el aliento que en su aroma queda,  
un aroma tan suave y delicado  
que aún flota sobre ellas con terneza?

El beso permanece entre sus labios  
y la humedad aún resta en sus mejillas,  
porque la tierra madre llora y llora,  
(de noche y día sus criaturas cuida  
con corazón de amor apasionado)  
para ver cómo todo medra y brilla.  
Por amor vive en llanto y en afanes  
y el rocío es su lágrima más íntima  
que mana de su pozo de alegría.

## II

Si tenéis una vida luminosa,  
donde el amor en el amor se goza,  
el hogar de los ciegos es de sombra  
y las cosas son voces misteriosas.

Y como todo lo que había en sombras,  
yo navego en los ríos de mi miedo.  
En vano espero a que la noche acabe  
y se disipe en mí su negro aliento.  
Sedienta estoy de amor que pueda verse,  
mas si extendiendo mis brazos los estrecho  
de nuevo sobre mí, turbio vacío:  
lo vivo es tan sólo un nombre muerto.

Venid, compradlas todas, sí, compradlas.  
Oíd el suspirar que aún las penetra  
(pues ellas tienen voz como la nuestra).  
Ya acaba la canción de vuestra ciega  
y se ajan mis rosas con tristeza,  
los pétalos que sin cesar proclaman:  
—Somos las tiernas hijas de la tierra